

## La cuadratura del círculo

Antoni Gomila

*Universitat de les Illes Balears*

Creo que fue Salvador Pániker quien acuñó el concepto de «retroprogresivo»: para poder seguir avanzando, en una situación de impasse, puede ser conveniente dar marcha atrás para buscar aquellos elementos o aspectos del pasado, medio olvidados, pero que pueden ofrecer los medios oportunos en el presente para avanzar. En este sentido, puede leerse *Vygotsky y la ciencia cognitiva* como un ensayo retroprogresivo, como un intento por reintegrar a Vygotski en la corriente principal de la ciencia cognitiva, la computacionalista. Debe tenerse en cuenta que en el contexto académico norteamericano, al que pertenece Frawley, una propuesta en tal sentido debe de resultar anómala, cuando no directamente extravagante, dado el escaso peso de las tradiciones psicológicas europeas, a excepción quizás, en el ámbito de la psicología infantil (y ámbitos relacionados, como el de la metacognición, por ejemplo), y la hegemonía de la psicolingüística computacional a la que se dirige. Sólo por eso, merece nuestra simpatía.

La línea argumental del libro puede resumirse someramente en estos tres puntos: 1) Es posible, y teóricamente clarificador, integrar la psicolingüística computacional hegemónica y la psicología cultural vygotskiana. 2) Esta integración consiste en considerar el contexto sociocultural como la clave externa que, vía interiorización en el desarrollo ontogenético, permite resolver la paradoja de la ambigüedad local/dependiente del contexto de las representaciones internas. 3) Este efecto se concreta en reconocer un nivel de regulación y control, de conciencia reflexiva, por encima de los de procesamiento inconsciente y consciente, debido al lenguaje autodirigido. La perspectiva teórica resultante recibe el nombre de sociocomputacionalismo.

Sin embargo, no resulta fácil formular un juicio ecuaníme de este trabajo. Aunque se plantea en él valientemente la tarea clave de dar cuenta de cómo podría concebirse el «lenguaje para el pensamiento» vygotskiano desde el marco computacionalista, sin ninguna duda la cuestión crucial para comenzar a disolver el escepticismo frontal con el que se encuentra cualquier reivindicación de Vygotski, resulta bien difícil establecer si tiene éxito, incluso en sus propios términos, es decir, en el modo en que se plantea y lleva a cabo su objetivo. Pero, además, podría parecer que su planteamiento concede demasiado a la psicolingüística estándar, al no partir de un análisis crítico de la situación presente de esta disciplina, para mostrar a continuación las bondades del sociocomputacionalismo para superarla. Además, su estilo argumentativo, sobre todo a lo largo de la primera parte, resulta poco satisfactorio, por ser más alusivo que reflexivo, por citar sin profundizar obras y trabajos con frecuencia incompatibles entre sí. Con

---

*Correspondencia:* Departament de Psicologia Bàsica. Facultat de Psicologia. Universitat de les Illes Balears. Cra. Valldemossa, km. 7,5. 07122 Palma. Illes Balears. Correo electrónico: toni.gomila@uib.es

frecuencia las frases son tan generales y abstractas que resulta difícil determinar su contenido. Podría ser que parte del problema se deba a la traducción –el texto abunda en errores que indican una traducción apresurada y literal, a pesar de que los créditos del libro involucran a tres personas en esta tarea–, pero sin duda una parte importante de responsabilidad cabe atribuirle a la redacción de Frawley, más interesado en buscar aliados circunstanciales, en una estrategia del tipo «veis como lo que digo tiene que ver con lo que otros, del *mainstream*, también dicen», que en una estrategia de delimitar perspectivas contrapuestas.

Sólo por dar una pincelada ilustrativa de lo antedicho, parece un error de traducción convertir «*the wild goose chase*» en «la caza del ganso salvaje» (p. 206) en lugar de «una pérdida de tiempo», o convertir la «*booming, buzzing confusion*» que James atribuye a la experiencia del neonato, en «zumbadora y floreciente» (p. 170), si bien no descartaría que fuera Frawley el responsable de haber sustituido «*booming*» por «*blooming*». «*Working models*» se traduce por «modelos de trabajo» (p. 76), el flujo continuo de la conciencia se convierte en discontinuo (p. 170); «*young children*» se traduce por «niños jóvenes», la noción de Searle de «trasfondo» se convierte en «fondo» (p.177), los mecanismos de aprendizaje son «de usos generales» y no «de propósito general» (p. 98), el esquema de la torre de Hanoi (p. 185) resulta ininteligible a quien desconozca la tarea, y son frecuentes expresiones incorrectas como «cuya la noción de práctica» (p. 77) o «de que lo que» (p. 270).

Pero la parte del libro para mí más insatisfactoria es la filosófica, donde el autor muestra más claramente sus limitaciones: aparte de su sorprendente, y para mí, carente de sentido, propuesta de unir a Vygotski con Wittgenstein a través de Derrida (pág. 84), Frawley confunde el individualismo con el internismo, y pasa por alto que la posición dominante en relación a la semántica intencional, al contenido de los estados mentales representacionales, es externista social (Fodor incluido): desde el punto de vista de la determinación del contenido mental, la posición dominante es ya, sociocomputacionalista. Otros aspectos insatisfactorios son que no diferencia entre control de la conducta y control de la actividad mental; que se limita, en el capítulo 5, al lenguaje privado (o como yo prefiero llamarlo, porque me parece que recoge mejor lo que lo distingue, lenguaje autodirigido, se produzca en solitario o no); y no trata en absoluto la naturaleza del habla interior, cuando es éste el interesante y cuando su funcionamiento –su eficacia causal– no puede explicarse de la misma manera que el lenguaje privado, en realidad, un tipo de lenguaje público. Aún otras cuestiones aparecen sólo mencionadas, no explicadas en relación al argumento desarrollado, generando sobrecarga en el lector (la distinción entre los aspectos fenoménicos y los intencionales de la conciencia, y su relación; el tema de la «ligazón» («*binding*»); el tratamiento críptico del problema del marco, tan central, etc.

Quisiera, por tanto, aprovechar el estímulo que Frawley indudablemente supone, para ensayar siquiera someramente el tipo de consideraciones que podrían permitirnos hacer una reivindicación de la relevancia de Vygotski para la psicolingüística actual. Una primera cuestión es el hecho de que esta psicolingüística se plantea predominantemente como un estudio formal del lenguaje, al margen de sus funciones. Ésta es una cuestión básica, y previa a la reivindicación

de una de sus supuestas funciones en particular, la del autocontrol. Pero una teoría exclusivamente formal del lenguaje nunca podrá resultar completa, en la medida en que cabe plantear con sentido la relación entre las formas del lenguaje y las funciones que desempeña (en la medida en que cabe introducir consideraciones de diseño). Sólo por eso, por reintroducir una perspectiva funcional, podría merecer la pena considerar con atención la relevancia de Vygotski. Y en la medida en que propone una original función para el lenguaje, la de control de pensamiento superior, además de las comunicativas habituales, para la cual carecemos de una explicación satisfactoria, todavía más justificado puede resultar su interés.

En este sentido, Frawley trata de apuntar las ventajas que tendría tomar en consideración la perspectiva sociocomputacional para entender mejor los resultados de ciertos estudios de razonamiento como prototipo de pensamiento superior (cap. 4). No hubiera estado de más señalar, en la línea crítica de los paradigmas hegemónicos que estamos apuntando, el empobrecimiento que supone la investigación actual. Por poner un ejemplo claro, en los estudios con su exitosa tarea de selección, Wason, y con él Johnson-Laird, no se limitaban a registrar las tarjetas seleccionadas, sino que tomaban nota además de las verbalizaciones que acompañaban/manifestaban el razonamiento de los sujetos, y les pedían además que razonaran su elección al final. Si esos aspectos dejan de estudiarse, es normal que desaparezcan de la explicación.

En segundo lugar, creo que hay buenas razones para cuestionar el modelo de inserción dominante del lenguaje en la mente, esto es, como un periférico, un mecanismo de entrada-salida, que en nada afecta a la actividad cognitiva central: simplemente le aporta *inputs*, y puede ofrecer como *print-out* sus resultados. Personalmente, me resulta incoherente aceptar el modelo modular dominante, como hace Frawley, y afirmar al mismo tiempo un papel cognitivo relevante al lenguaje en el pensamiento. Consideremos el lenguaje autodirigido: el hablante profiere una oración cuyo destinatario es él mismo. ¿Cómo le afecta? Dentro del marco hegemónico tenemos dos opciones: *a)* dado que es él mismo el emisor, puede captar el contenido proposicional de su intención comunicativa, que puede afectar al resto de sus representaciones, sin que la escalada de representaciones lingüísticas juegue ningún papel a efectos del pensamiento; *b)* lo entiende como cualquier otra oración percibida; a nivel de pensamiento, sólo podrá jugar un papel la representación proposicional resultante del proceso, al igual que cualquier otra preferencia percibida. Consideremos ahora el lenguaje interior. Aunque Frawley no lo trata, supongamos, al modo de Baddeley, que el lenguaje interior corresponde a la activación de la representación fonológica-articulatoria, esto es, la imagen fonológico-articulatoria correspondiente (no deja de tener su gracia que las representaciones proposicionales sólo se hagan conscientes como imágenes lingüísticas). En tal caso, si uno acepta el marco modularista, entonces, nuevamente, esas representaciones sólo pueden tener efecto cognitivo si «son entendidas», es decir, procesadas como oídas, o en la medida en que responden a contenidos proposicionales ya establecidos en el procesador cognitivo. Nuevamente, no se ve el modo en que el lenguaje puede, no ya afectar, sino dirigir, controlar, el pensamiento.

Frawley da mucha importancia al papel de Vygotski para resolver la cuestión de las «arquitecturas-contextos», la cuestión de la relevancia contextual y sus efectos en procesos de representaciones locales, pero esto es algo que tampoco encaja con su aceptación del modularismo. En este punto, creo que Frawley no distingue suficientemente los planos: el problema al que hace referencia se sitúa en el nivel del procesamiento inconsciente, y se trata de forma diferente según se adopte una arquitectura clásica o una conexionista, mientras que en el que cabe situar la contribución de Vygotski es el plano de la metaconciencia. Lo que hace falta es mostrar cómo se constituye lingüísticamente la metaconciencia. De nuevo, encontramos ambigüedades: en un lugar habla de «los aspectos reflexivos del código lingüístico» (p. 212), en otro de «los recursos metarrepresentacionales del lenguaje» (p.255), pero no se trata de lo mismo: dejando a un lado que por «reflexivos» se refiera a los verbos reflexivos («peinarse») o a los pronombres reflexivos («sí mismo»), y suponiendo que se refiere al fenómeno de la «reflexividad del caso», esto es, que la comprensión de un enunciado puede depender de su misma preferencia (el contenido de «ahora veo un coche» depende de quién lo diga y en qué momento), esto poco tiene que ver con la metarrepresentación («Juan quiere ir al circo»: se representa otra representación). En realidad, son mecanismos inversos y complementarios. Y si es la metarrepresentación el mecanismo clave, lo que hay que especificar es si la metarrepresentación lingüística es posible por la existencia de un mecanismo cognitivo proposicional más básico (el mecanismo de «*decoupling*», de desemparejamiento, propuesto por Leslie), o si la adquisición del lenguaje es la que facilita la aparición de nuevas representaciones más potentes, o si es un mecanismo representacional específicamente lingüístico.

Igualmente, desde un planteamiento de inspiración funcional vygotkiano, cabe señalar las fuertes limitaciones de los paradigmas experimentales usados habitualmente en psicolingüística, puesto que, a pesar de que los procesos lingüísticos se consideran modulares, y por tanto, automáticos y obligados, los experimentos que se llevan a cabo consisten en dar instrucciones a los sujetos sobre los estímulos que se les van a presentar y sobre lo que tienen que hacer. Se presupone, por tanto, en el propio diseño, la intervención de mecanismos de atención selectiva, de preparación (*set*), de inhibición de otras respuestas, en definitiva, de control, sin tener en absoluto en cuenta estos aspectos a la hora de interpretar los resultados. La evidencia neurofisiológica, en cambio, indica claramente que el curso temporal de la respuesta comienza antes de la presentación del estímulo, e implica la activación del córtex prefrontal, el área cortical involucrada en la modulación de la activación del resto. Hay que recordar que las diferencias en tiempos de reacción que basan la discusión de los modelos son de milisegundos, y por tanto, en cuanto se haga inevitable la consideración de este factor ejecutivo, deberán reinterpretarse.

De hecho, el mejor modo, en mi opinión, de integrar a Vygotski en la ciencia cognitiva actual es a partir de la consideración de la función ejecutiva. Dado lo que sabemos sobre la función ejecutiva, ¿tiene sentido relacionarla con el lenguaje interior? ¿de qué modo? Nótese que en este plano serían posibles diversas posiciones, desde la que sostiene que la función ejecutiva depende de la interio-